

de los grandes designios que habia reconocido que tenía Dios sobre el joven Conde; y aun conservamos las reglas de conducta para la vida espiritual y civil que Francisco observaba exactamente en Padua, las que probablemente le habian sido prescritas por aquel sabio y piadoso religioso.

Sin embargo: el trato que mediaba entre Francisco de Sales y el padre Possevino no le impedía al primero, el aplicarse al estudio del derecho civil y canónico, aprovechando en él tanto mas, cuanto que Panzirola prendado de la hermosura de su espíritu, de su prudente conducta, de su continua asistencia á la cátedra, y de su aplicacion, tenia mucho gusto en instruirle á solas, á mas de las lecciones que le daba en público. Esta preferencia le atrajo la envidia de aquellos que miraban su vida arreglada, como una muda reprehension del desarreglo de las suyas. Se imaginaban que aquella vida retirada de que hacia profesion dimanaba de su timidez, ó de bajeza de corazon, y que era imposible que siendo tan moderado pudiese tener resolucion ni valor. Fia-dos en tan falso supuesto, le atacaron armados en un sitio retirado, cuando volvía un dia de paseo, figurándose que huiría vergonzosamente, dándoles motivo con esto para hacerle perder su reputacion. Pero el joven Conde, que sabia que la propia defensa le era permitida, habiendo puesto mano á la espada y rechazádoles á su turno de un modo que no esperaban, les obligó á tener que protestar que se habian equivocado tomándole por otro; le pidieron mil perdones y se retiraron muy sorprendidos de la firmeza que habia manifestado en aquella ocasion.

A este lance se siguió otro demasiado delicado, pero que hizo brillar mucho la virtud del joven Conde, para que podamos pasarle en silencio. La perfecta castidad que profesaba habia sido muchas veces el objeto de las conversaciones de sus discípulos; y no pudiendo figu-

rarse que un hombre joven, como igualmente muy bien dispuesto, pudiese ser á la edad de veinte años tan honesto como parecia, resolvieron esponer su virtud á una peligrosa prueba. Habia entonces en Padua una famosa meretriz que habia llegado allí del Reino de Nápoles hacia pocos meses. Era joven, hermosa, de bastante disposicion y desgraciadamente no habia ninguno de ellos que no hubiese sucumbido y experimentado la fuerza de sus atractivos. La hablaron del Conde de Sales, la ponderaron su buen semblante, su juventud, su nacimiento, y nada olvidaron de todo cuanto podia contribuir á obligar á esta desgraciada muger á que entrase en la conspiracion tramada para perderle. Tomaron en union con ella, las medidas necesarias para hacerle caer en el lazo, y se despidieron prometiéndola llevarle á su casa á la primera ocasion que se les presentase de poderlo hacer. Con todo la cosa no hubiera sido tan fácil, si el Conde hubiese sabido á donde trataban de conducirle. Empezaron por proponerle como un gran secreto lo que iban á decirle, y en la visita que le hicieron no le hablaron de otra cosa que de la llegada á Padua de un famoso abogado, cuya llegada supusieron habia sido muy poco tiempo antes: le digeron tambien que este abogado era un prodigio de ciencia, y que el mismo Panzirola en su comparacion no era mas que un estudiante. No era necesario mas para hacer nacer en el Conde un fuerte deseo de conocerle. Ellos le ofrecieron presentarle en su casa, el Conde les aceptó la palabra y lo llevaron á casa de la dama cortesana, haciéndole creer que aquella era la del doctor. La dama aparentando ser hija suya salió á recibirles, les dijo que su padre estaba ocupado en su estudio en una consulta de consecuencia con personas distinguidas, y que la habia enviado á ella para agasajarlos mientras tanto que pudiese desocuparse y tener el honor de recibir su visita. Apenas se habia empezado la conversacion, cuando ha-

biéndose retirado con diversos pretextos los que habian acompañado al Conde á aquella casa, quedó él solo con la dama cortesana. Seria peligroso el referir todo cuanto pasó en esta ocasion. Lo único que puede decirse es que la dama llevó la desvergüenza hasta el último extremo, y que Dios le dió al Conde la fuerza necesaria para resistirla con firmeza, y conservar su virtud.

La ira que concibió esta muger de verse despreciada, no pudo desfogarla de mejor modo del que lo hizo con objeto de vengarse. Empezó á gritar *ladrones, ladrones*, y habiendo concurrido los vecinos á sus gritos para darla socorro, se disponian ya á llevar al Conde á la carcel, cuando sus compañeros (que no estaban muy lejos) llegaron aun á tiempo de poderle arrancar de sus manos. El Conde les dió las gracias por el buen servicio que le habian prestado, pero al mismo tiempo les dió á entender que no lo tuviesen por tan tonto, que no conociese la mala pieza que habian querido jugarle; y desde esta ocasion ya no quiso tener mas trato con ellos. Este lance le hizo ser aun mas precavido en adelante, de lo que hasta entonces habia sido.

Pero Dios permite muchas veces que las ocasiones busquen á aquellos que mas huyen de ellas. Se hallaba por este mismo tiempo en Padua una Princesa italiana á quien habian precisado á ir allí algunos asuntos de familia. La historia no la nombra, y solamente nos dice que era muy rica, y que no perdonaba medio alguno, cuando trataba de satisfacer sus deseos. Encontró esta un dia en una Iglesia al joven Conde: la funcion que la habia conducido á ella fué muy larga; tuvo el tiempo de reparar bien en él, le gustó y resolvió satisfacer su pasion á todo coste. Al salir de la Iglesia le hizo seguir hasta su alojamiento, tomó informes exactos de él, supo quien era, y que era lo que hacia en Padua; pero tambien supo que llevaba una vida muy retirada, que profesaba una virtud de las mas austeras, que no tenia

comunicacion alguna con las señoras, cuyo trato se habia reparado que evitaba, en cuanto la educacion lo permitia; y finalmente que se le creia incapaz de una intriga amorosa.

Estas noticias hicieron casi desesperar á la Princesa. Pero hay ciertas pasiones que se enardecen mas con las dificultades; la de la Princesa era de las de esta especie. Creyó, que la firmeza del joven Conde no seria capaz de resistir á sus ofertas; que con el oro podria llevar á cabo su intento, y que este metal la abriria en fin el camino de su corazon. Por retirado que fuese Francisco de Sales, no dejaba por eso de asociarse con aquellos de sus compañeros, en quienes habia reconocido mas talento y virtud, y mayor aplicacion al estudio; iban á pasear juntos algunas veces, y se entretenian en aquellas diversiones inocentes, que sin perjuicio de la virtud sirven al desahogo del espíritu y contribuyen á darle nuevas fuerzas, y porque en fin la virtud del Conde no era de aquellas virtudes bruscas y enemigas de la sociedad. Nadie tenia una conversacion mas amena que la suya; gustaba de las chanzas inocentes, y la dulzura de su caracter le hacia ser tan condescendiente, que era buscado generalmente de todos.

Pero entre los que habian entablado amistad con él, habia uno á quien queria con preferencia á los otros: la conformidad de humor, de estudio y de inclinaciones, que existia entre ambos era la que habia producido esta union. El Conde juzgaba que este amigo era de una virtud sólida; pero es necesario ser muy virtuoso para resistir á los artificios y á la profusion de una persona poderosa, y que no perdona cosa alguna, con tal de llegar al logro de sus intentos. Este se dejó seducir por la Princesa; los regalos que le hizo aquella le cegaron y las promesas corrompieron su corazon. Conspiraron juntos contra la inocencia de su amigo, y en fin la prometió trabajar incesantemente hasta conseguir que

fuese correspondida la pasión que abrigaba en su pecho.

Grande fué su confusión, cuando tuvo que hacer al Conde una proposición semejante. Pero en fin juzgando de su corazón por el suyo propio, creyó que no resistiría á la prueba de las ofertas que estaba encargado de hacerle; le habló de la Princesa, de la pasión que había concebido por él, y de la orden que tenía de ofrecerle juntamente con su persona, los cuantiosos bienes de que todo el mundo sabía que era poseedora. Le prometió por su parte, que la intriga se manejaría con tal secreto, que en nada perjudicase á su fama; y también le añadió que ya sabía lo mismo que él, que los favores ofrecidos por personas de semejante gerarquía no se desprecian jamás impunemente; que una mujer poderosa, enamorada y despreciada, es capaz de intentar cualquiera cosa por vengarse de este desprecio, y que él se estremecía al considerar los peligros que le amenazaban, si era tan débil y tan imprudente que no se aprovechase de la ocasión que se le ofrecía, y que cualquier otro que no fuese él compraría al más alto precio.

Estaba tan sorprendido el Conde al oír este discurso, que no trataba de interrumpirle, pero habiendo reflexionado finalmente que ya había durado demasiado, que la tentación se introduce lo mismo por los oídos que por los ojos, y que siempre es peligroso escuchar lo que sin pecar no puede proponerse: *¿Qué os he hecho yo cruel amigo, (le dijo) ó por mejor decir, que os ha hecho Dios, para que así os juntéis á sus enemigos, para ayudarlos á perder una alma que sabéis muy bien que el Señor ha rescatado con toda su sangre? Otro tanto hizo por la vuestra, y esto es lo que debe retraer de inspirarme semejantes pensamientos. Direis á vuestra Princesa lo que bien os parezca, pero en cuanto á mí os hago presente, que no tendré más trato con vos, y que jamás lo tendré con la Princesa.*"

Estas palabras fueron un rayo para el pérfido amigo, se separó de él lleno de confusión, y confesó después, que hubiera hecho su fortuna si hubiese podido persuadir al Conde que accediese á complacer á la Princesa.

Pero estaba tan distante de esto, que previendo nuevos ataques, y que los mismos con quienes mantenía correspondencia, podían ser los enemigos de su salvación, redobló sus oraciones y penitencias. Se echaba en cara á sí mismo que su falta de reconocimiento á las gracias de que Dios había querido colmarle, y su poca fidelidad en corresponder á sus beneficios, le habían ocasionado aquellas terribles tentaciones. Las funestas caídas de sus compañeros, que le contaban todos los días, le enseñaban á desconfiar de sí mismo; la debilidad de aquellos le hacía conocer la suya propia; consideraba temeroso los peligros de que estaba rodeado; los poderosos enemigos exteriores y los mucho más peligrosos interiores, que existen dentro de nosotros mismos, le causaban un santo terror. Sacaba en consecuencia de todas estas reflexiones, que pudiendo tan solo Dios ser su fortaleza, debía poner en él toda su confianza, que en vano contaría con este auxilio sino correspondía por su parte, y sino se unía á él con preferencia á todas las demás cosas. De este modo contribuye todo á la perfección de aquellos que buscan á Dios con un corazón sincero: las mismas tentaciones que hacen caer á tantos otros, no sirven más que de arraigarlos más profundamente en su amor, y su salvación proviene muchas veces de los mismos que se han conjurado para ocasionar su pérdida.

Pero como el joven Conde aunque aumentase sus penitencias, no aflojaba en cosa alguna en cuanto á sus estudios, esta grande aplicación le acaloró la sangre de manera que cayó enfermo; una violenta y continua calentura le puso desde luego en un grandísimo peligro, y la disenteria que le sobrevino hizo desesperar pronto de su vida. Los médicos de Padua que eran los más hábiles de toda

Italia, fueron llamados para visitarle, pero en vano: todo su arte no pudo proporcionar remedio suficiente contra la violencia del mal. La noticia del peligro en que se encontraba, junta á la reputacion que se habia grangeado, condujeron á su casa á todas las personas de distincion que habia en la ciudad. Todos horaban, al considerar este joven caballero tan completo y bien formado, destinado probablemente á una gran fortuna, y que estaba próximo á morir en un pais extraño, lejos de sus parientes, en la flor de su edad y en vísperas de recoger el fruto de sus trabajos y de sus estudios. Solo él, insensible á tantas pérdidas y ocupado únicamente en el cuidado de su salvacion, tranquilo al mismo tiempo á vista de las bondades de Dios que tan á menudo habia experimentado, atento á aprovecharse de las exhortaciones del padre Possevino que no se separaba de su lado, consolaba á sus amigos y hablaba de su muerte como de una cosa que tenia mas motivos de desear que de temer. El mal se aumentaba, y no quedando ya esperanza alguna recibió los sacramentos con tales transportes de devocion, que dieron lugar á temer que espirase al tiempo de recibirlos.

Entretanto su preceptor, que apasionadamente le amaba, estaba traspasado de dolor por la pérdida que iba á sufrir la casa de Sales, (á la que se hallaba tan unido), y por la que él mismo estaba próximo á experimentar. El escelente natural del Conde hacia que le mirase como un apoyo, que jamas podia faltarle, y así aunque haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se determinó á preguntarle, que era lo que queria que se hiciese de su cuerpo despues de su muerte. El joven Conde le contestó que siempre le habia conmovido vivísimamente el ver la impiedad de los estudiantes de medicina, que andaban desenterrando á cada paso los cadáveres de los cementerios para hacer de ellos anatomías; que habia sido testigo de las barbaridades y asesinatos que por

este motivo habian ocurrido entré los estudiantes y los parientes de los difuntos, que justísimamente trataban de impedir á aquellos el que lo verificasen: que en este concepto mandaba, que despues de su muerte se entregase su cuerpo á los médicos, para que hiciesen anatomía de él, y que se tendria por muy dichoso, si podia servir de alguna utilidad al público despues de muerto, ya que tan inútil le habia sido durante su vida.

Despues de esta disposicion tan caritativa, que fué la única que hizo el joven Conde, no pensó ya mas en los negocios de este mundo, ocupándose enteramente en pensar en los del cielo. La idea de una eternidad dichosa, que confiaba obtener de la Misericordia divina, le hacian que llevase con alguna impaciencia los pocos momentos de vida que á su parecer le restaban. Pero su hora no habia llegado todavía y cuando se esperaba que iba á exhalar el último suspiro, se durmió con un sueño tan tranquilo que duró largo rato, hallándose al despertar libre de calentura. Se tuvo por milagrosa su curacion y se persuadieron de ello tanto mas, cuanto que en muy poco tiempo restauró sus fuerzas y volvió á gozar de una perfecta salud. Pero esta misma cura que le volvia otra vez al mundo, fué la que le separó enteramente de él; desde entonces formó la resolucion de abandonarle y de abrazar el estado eclesiástico; creyó que Dios no le habia restituido á la vida, sino para que la emplease en dedicarse esclusivamente á su santo servicio, y que no podia espresarle mejor su reconocimiento, que no viviendo ya sino para su divina Magestad. Nada hubo capaz de retraerle de esta resolucion: en el discurso de su historia se verá de que modo lo ejecutó.

Entretanto volvió de nuevo á proseguir con el mismo fervor que antes en sus ejercicios de piedad, y á dedicarse con igual aplicacion al estudio. Algun tiempo despues habiendo concluido sus cursos y pasado por todos los grados que podian conducirle al de doctor, recibió

finalmente la borla. Panzirola quiso ser su padrino, y no se descuidó en alabarle por los grandes ejemplos de virtud que habia dado á toda la universidad, proponiéndole por modelo á aquella numerosa juventud, que aspiraba á conseguir el mismo honor y prediciéndole que algun dia llegaria á ser la gloria de su patria, de la Iglesia y de su ilustre casa.

El Conde contaba á la sazón veinte y cuatro años, y como su última enfermedad no habia producido otro efecto que el de aumentar su salud y buen aspecto, trataba de volverse á Saboya, temeroso de los peligros á que no podia menos de estar espuesto en una ciudad tan corrompida como Padua, cuando recibió cartas del Conde de Sales, en que le mandaba que hiciese un viaje á Italia. Partió inmediatamente para Ferrara, dirigiéndose de allí á Roma en donde debia permanecer mucho tiempo, y en donde el Conde su padre, habia tenido cuidado de proporcionarle algunos amigos; vió con gran minuciosidad todas las preciosidades de aquella ciudad, aquellos antiguos monumentos de la magnificencia de Roma, aquellos circos, aquellos teatros, aquellos arcos triunfales, trofeos, pórticos, columnas, pirámides, estatuas, pinturas y todos los demas restos opulentos, que se han librado de la injuria del tiempo y del furor de los bárbaros, y que son los mismos por los que trataron de inmortalizarse los pretendidos dueños del mundo. Pero el joven Conde reparó en todas estas cosas, haciendo las reflexiones, que acostumbraba inspirarle la piedad. Consideraba en estas ruinas de la vanidad de los antiguos romanos, aquel continuo flujo y reflujó de prosperidades y adversidades, la fortuna y la desgracia de los hombres, la cuna, el progreso y la decadencia de los imperios; como se suceden los unos á los otros, formándose sobre las ruinas de los que les han precedido; como los vencidos vienen á parar en ser los señores de los que los habian avasallado, y como en medio de aque-

llas vicisitudes y de aquellas continuas revoluciones que conmueven todas las cosas, Dios solo es siempre el mismo, libre, independiente, árbitro y Señor absoluto de todo, sin que esté sujeto á ley alguna. Admiraba tambien como habia podido establecerse la Religión cristiana sobre las ruinas de aquel poderoso imperio, que por tantos siglos habia empleado todo su poder para destruirla, y como por medio de tanta infinidad de cambios despues de haber sido Roma por tanto tiempo el imperio del error, era entonces el centro de la verdad. Pero como tenia siempre un especial cuidado en satisfacer menos su curiosidad (aunque inocente), que su piedad y devocion; y que únicamente paró su atencion en aquellas cosas que los estrangeros acostumbran admirar en Roma por satisfacer los deseos del Conde su padre, que le habia pedido una relacion exacta de su viaje, empleó la mayor parte del tiempo que permaneció en aquella famosa ciudad, en visitar las Iglesias y las catacumbas. Estos son aquellos cementerios ó lugares subterráneos, en donde acostumbraban los cristianos en tiempos de persecucion enterrar los Mártires y celebrar tambien el santo sacrificio. A la vista de estos lugares consagrados por la piedad de nuestros padres, y regados con la sangre de tantos ilustres testigos de la verdad, que tan generosamente han dado su vida por la confesion de la misma fé, de que hacemos en el dia una profesion tan honorífica y tranquila, se aumentó su ardor por defenderla contra sus enemigos, y concibió nuevos designios de trabajar en la conversion de los hereges, cuando estuviere de vuelta en su pais; y por un secreto presentimiento, de que habia de ser Obispo de una ciudad, que es en el dia el centro del error, asi como Roma es el de la verdad, ofreció á Dios sus bienes, su tiempo y su misma vida, si era necesaria, para que se restableciese en ella el culto de la antigua Religión.

Recibió por este mismo tiempo una prueba bien clara,

de que Dios no abandona á aquellos que le buscan, al propio tiempo que deja perecer de mil modos diferentes á los que ha abandonado á sus pasiones. Como volviere una noche muy cansado de visitar los santos lugares, á una casa que habia tomado á las orillas del Tiber, encontró á sus criados, pendenciando con el patron; el motivo del altercado era que este último queria absolutamente que fuesen á alojarse á otra parte, para dejar la casa desocupada á unas personas distinguidas, cuyo equipage acababa de llegar: no habian pasado de insultarse de palabra, pero la cosa hubiera llegado mas adelante, si el Conde que era la misma dulzura, no hubiese mandado á sus criados que condescendiesen con los deseos del patron. Se trató de buscar otro alojamiento, y este contratiempo no se acomodaba en manera alguna con el estremado cansancio del Conde; pero Dios no habia permitido este incidente, sino para librarle de un riesgo, en que infaliblemente hubiera perecido. Apenas estuvo nuevamente alojado, cuando sobrevino una horrorosa lluvia que duró toda la noche, de suerte que el Tiber, que ya iba muy crecido, saliendo furiosamente de madre, se llevó la casa de que acababa de salir con todos los que estaban dentro de ella; nadie se salvó de la corriente; y cuando el rio volvió á su antiguo cauce, apenas podia conocerse que hubiese existido en aquel sitio una de las mejores casas de Roma.

El Conde salió pocos dias despues para Loreto. Esta es una ciudad episcopal del estado Pontificio, cuyo obispado está unido al de Reccanati. Habia hecho voto de hacer este viaje algunos años antes, y lo cumplió con su acostumbrada devocion: allí renovó el de perpetua castidad que habia hecho en Paris, y la resolucion que formó en Padua de abrazar el estado eclesiástico. Los historiadores de su vida convienen, en que recibió muy singulares favores de Dios en aquella santa capilla, que fué iluminado su espíritu con nuevas luces, y que su cora-

zón se llenó de una caridad tan ardiente que nada habia que le pareciese imposible, cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas.

Despues de haber satisfecho su devocion, partió para Ancona, ciudad que tiene un puerto bastante bueno sobre el mar Adriático, con el designio de ir por mar á Venecia. Allí encontró una falúa pronta á hacerse á la vela. Debia esta conducir á Venecia á una señora de cualidad que la habia tomado tan solamente para ella y para un gran número de criados que la acompañaban; con esta condicion habia ajustado su flete con el patron. Sin embargo sea que este se aficionase al Conde por su buen semblante, ó sea que la esperanza del lucro le obligase á faltar á la palabra, lo cierto es que le admitió en su falúa: la señora que la habia alquilado, llegó un poco despues, y viendo allí estrangeros que no eran de su comitiva, se encolerizó sobre manera, y mandó al patron que los hiciese salir del buque. El Conde la rogó con mucha cortesía, que le permitiese aprovecharse de la buena proporcion que se le ofrecia; la dijo que él no tenia sino tres criados y un pequeño equipage, que no la incomodaria en cosa alguna, y que no ocuparia otro lugar que el que ella tuviese á bien señalarle; que el sitio mas incómodo seria demasiado bueno para él, y que estaba espuesto á no poder marchar en mucho tiempo, sino le permitia que tuviese el honor de acompañarla. El patron y aun las mismas personas de su comitiva juntaron á esta su súplica. La señora no cedió de modo alguno en su aspereza: les hizo salir vergonzosamente de la falúa y faltó poco para que hiciese tirar sus maletas al mar. El Conde sufrió esta afrenta con su acostumbrada dulzura. Su preceptor y sus criados se habian incomodado de tal suerte con este lance, que no podian disimular; pero el Conde con aquella tranquilidad que no perdía jamas, les dijo, que era preciso conformarse con la voluntad de Dios; que las cosas que parecen mas

casuales no suceden sino por una disposición particular de su Providencia, y que se acordasen de lo que había sucedido en Roma con la casa de que les obligaron á salir. Este mar, añadió, *es muy espuesto á tormentas, hay quien sale del puerto y no logra acabar su viaje en donde trataba de hacerlo.*

Su pronóstico se verificó en un todo. El cielo estaba sereno, el aire tranquilo, el mar en calma, el viento favorable; todo parecía prometer un viaje de los mas felices. Poco despues cambió el viento volviéndose en impetuoso y contrario, cubrióse el cielo de espesas nubes y se formó una de las mas horrorosas tempestades que se habian visto en mucho tiempo, la falúa combatida furiosamente por las olas se esforzó en vano para volver al puerto, y se fué á pique en presencia del Conde y de su comitiva, que aun no la habian perdido de vista, sin que pudiese salvarse ni una sola persona de cuantas iban en ella.

Este horroroso espectáculo fué para el Conde un nuevo motivo, de que pusiese toda su confianza en Dios, y de que se abandonase ciegamente á las órdenes de la Providencia. Admiraba, como esta conduce todas las cosas á los fines que se ha propuesto por caminos imperceptibles y desconocidos de la prudencia humana; como lo que parece un efecto del acaso ó de la reunion casual de las causas segundas, y aun lo mismo que se nos figura muy opuesto á las reglas de la sabiduría humana, está muy sabiamente ordenado, y contribuye siempre á hacer que resplandezcan ó la misericordia ó la justicia del Todopoderoso.

Entretanto cesó la tempestad, se serenó la atmósfera, tranquilizóse el mar, y el joven Conde tuvo proporcion de embarcarse. La esperanza de una navegacion feliz hacia que reinase la alegría en todos los pasajeros. Patron, marineros y todo el mundo no trataban mas que de divertirse y comer bien. El Conde solo á quien

su corazón no solía engañar, parecia pensativo y era el único que no tomaba parte en cosa alguna de cuanto sucedia en el buque. Su preceptor lo notó y preguntándole la causa, recibió la siguiente respuesta del Conde. „*Me admiro de que no habiendo mas que una tabla de dos dedos de grueso, entre nosotros y la muerte, tengan estas gentes valor para entregarse á la alegría. Nosotros acabamos de ser testigos de un triste naufragio; nada hay mas inconstante que el mar; la tempestad acaba de cesar; este golfo es famoso por sus tormentas, ¿quién sabe si nosotros estamos amenazados de un peligro semejante á aquel que acaba de pasar á nuestra vista? Roguemos, añadió, al que manda en los vientos y en el mar y dejemos á los otros que se abandonen á una alegría mundana, y que es tan fuera del caso en la situación en que nos encontramos.*” El preceptor, que había formado un alto concepto de su virtud y que era tambien sugeto muy piadoso, le propuso que rezasen juntos el oficio divino. Apenas le habian empezado, cuando el patron se puso á mofarse de ellos, añadiendo, que los frailes y los devotos siempre le habian acarreado desgracias. Un momento despues cambió el viento y se armó una tempestad casi tan furiosa como la que había echado á pique la falúa de que acabamos de hablar. La alegría que reinaba en el buque se cambió al momento en miedo y desesperacion, no hubo uno entre toda aquella gente por valiente que fuese que no se pusiese á rezar. Solamente el patron persistiendo en su brutalidad repetia á menudo en medio de horribles blasfemias, que él ya había previsto, que aquellos grandes rezadores no habian servido jamas para otra cosa que para atraer la tempestad, y que era necesario tirarlos al mar. El ayo del Conde, que era naturalmente colérico, irritado de su insolencia, queria contestarle y reprenderle por sus blasfemias; pero el Conde le disuadió de su intento, haciéndole ver que sus amonestaciones no pro-

ducirían otro fruto, que el de agriar mas á aquel hombre brutal, y sufrió con una paciencia increíble las insolencias que le seguía diciendo.

Entretanto, habiendo resistido el buque á los golpes violentos del mar, cesa la tempestad y arribaron felizmente al puerto de Católica. Como el patron no podía disimular la alegría que experimentaba por haberse salvado de un peligro tan grande, aguardó el Conde una ocasion oportuna para darle la reprension que merecia por sus blasfemias y le habló con mucha firmeza, pero al mismo tiempo con mucha dulzura.

La brutalidad de este hombre no impedia el que conociese que el Conde, insensible á toda otra cosa que aquellas que podian ofender á Dios, no le decia cosa alguna con respecto á tantos insultos como le habia hecho; y no pudo dejar de admirarse de una moderacion tan grande, se acusó él mismo de aquello que nadie le acusaba y se prostro á sus pies, le pidió perdon y le prometió que se enmendaria. De este modo una correccion dada á su debido tiempo y con mansedumbre obtiene siempre el efecto que se propone. El darlas fuera de sazón y acompañadas de los malos modos con que regularmente se hace las mas veces, es por lo regular lo que las hace infructuosas. No hay remedio por amargo que sea que no nos resolvamos á tomar, cuando se tiene cuidado de disminuir su amargura.

Reembarcaronse todos nuevamente y arribaron felizmente á Venecia. El Conde permaneció allí todo el tiempo necesario para ver las preciosidades y poder dar al Conde su padre una exacta relacion de ellas, como se lo habia encargado. Hay pocas ciudades en el mundo á donde concurra mayor número de estrangeros. Su hermosa posicion, su grandeza, su magnificencia y la libertad con que en ella se vive, son la causa de tan extraordinaria concurrencia. El Conde encontró en esta ciudad varios caballeros de Saboya y del Piamonte, á quienes

habia conducido á aquel punto la curiosidad lo mismo que á él. Eran vasallos de un mismo Príncipe, por cuya causa trabaron bien pronto conocimiento, hasta que habiendo observado el Conde, que se entregaban á la vida licenciosa, que reina en aquella ciudad con mas impunidad que en ninguna otra parte, rompió al momento, por su estremado recato, con una sociedad, que la casualidad habia formado y que no estaba cimentada en la uniformidad de costumbres. Uno solo permaneció unido á él, pero no habiendo tenido suficiente virtud para resistir á las ocasiones y á los malos ejemplos, se hizo bien pronto indigno de su amistad. Supo el Conde, á no poderlo dudar, que arrastrado por las malas compañías, habia pasado la noche en un lugar de disolucion, en donde se habian cometido toda especie de excesos. Al momento resolvió cortar toda comunicacion con él. Pero compadeciéndose de la pérdida de un alma, en que habia distinguido grandes disposiciones para la virtud, se determinó al propio tiempo á no omitir cosa alguna, para apartarle del peligro en que lo veia puesto. Le habló con mucha energía de las funestas consecuencias de la impureza, de los males con que Dios la castiga en esta vida y en la otra, de la impenitencia final que la acompaña casi siempre, cuando se ha llegado á contraer un hábito de los pecados de esta especie; de la ceguedad y dureza de corazon que son sus compañeras inseparables, y en una palabra, de todo cuanto puede atemorizar á un alma que conserva aun algun temor de Dios y de los terribles juicios con que amenaza á los que se abandonan á un semejante desarreglo.

Dios bendijo las santas intenciones del Conde, y apoyando la gracia sus discursos, aquel joven se reconoció, hizo una penitencia proporcionada al crimen que habia cometido, y se salió de Venecia para huir de las ocasiones que pudieran haberle hecho recaer.

El Conde partió de allí tambien algun tiempo des-

pues, acabó de viajar por Italia y llegó con felicidad al castillo de Thuile, á donde toda su familia, noticiosa de su regreso, se habia trasladado con el objeto de recibirle. Difícil seria el espresar la alegría del Conde y de la Condesa de Sales. Lo que habian sabido del Conde su hijo y lo que veian por sí mismos, contribuia igualmente á su satisfaccion. Tenia entonces veinte y cinco años, y á la verdad era difícil encontrar otro hombre tan completo: era alto, bien formado, robusto, tenia una hermosa voz, las facciones regulares, la fisonomia hermosa y una dulzura alhagüena difundida por su rostro y por todas sus acciones, á la que no era fácil resistirse. Lo que ya se ha contado sobre este particular, y lo que se contará en adelante, será una innegable prueba de que no se adula en este retrato. El espíritu correspondia al cuerpo, lo tenia vivo, sólido y penetrante; se habia esmerado en cultivarle con todo aquello, que era capaz de aumentar su natural hermosura: poseia las lenguas, la filosofía, la teología, el derecho civil y canónico, y lejos de haber descuidado las bellas letras y la elocuencia, como habia tenido escelentes maestros, que nada le habian ocultado de aquel arte tan difícil de persuadir á los hombres, habia hecho en él los grandes progresos que le formaron uno de los hombres mas elocuentes de su siglo. Ademas hablaba en público con mucha gracia, y ganaba luego en sus conversaciones con sus modales dulces é insinuantes, á aquellos á quienes no habia hecho mas que conmover con sus discursos. Los aplausos que recibió en Paris y los difíciles negocios que manejó despues con buen éxito en aquella corte, y setenta y dos mil hereges á quienes convirtió, no dejarán lugar á dudar de la verdad de este dicho. Su profunda humildad le obligaba á ocultar parte de sus grandes talentos, y á privarse á sí mismo muchas veces de la gloria que le era debida. Un exterior sencillo y sin afectacion, un continuo cuidado en no hacer cosa alguna que

puadiese atraerle la estimacion de los hombres, su vida retirada, enemiga del brillo y nada ruidosa, han ocultado al público la mayor parte de sus eminentes cualidades. Pero nos quedan aun bastantes pruebas para convencer los ánimos de los que lean esta historia, de que ha sido uno de los mas grandes Prelados que Dios ha dado á su Iglesia.

Sin embargo, como no está en manos de los hombres la eleccion de las cualidades del cuerpo, ni tampoco las del espíritu, que son las que forman los santos, y si solo el hacer buen uso de ellas, es preciso añadir que Francisco de Sales tenia un corazon recto, puro, simple, sincero y desinteresado, sometido enteramente á las órdenes de la Providencia, que no buscaba en todas las cosas sino á Dios, empleado únicamente en el cuidado de agradarle, é infinitamente elevado sobre todo aquello que es capaz de lisongear la vanidad ó la ambicion del hombre; generoso, intrépido á la prueba de los mas grandes peligros, é incapaz de ceder á vista del riesgo, ni aun de la misma muerte, y lleno de aquella dulzura, que nunca hubo cosa que fuese capaz de alterarle. De todas las cualidades que le adornaban, ninguna es mas generalmente conocida que esta última.

Pero muchos ignoran, que muy lejos de serle natural, no la habia adquirido sino á costa de mucho trabajo, despues de muchas batallas y de algunas victorias, logradas sobre sí mismo: aun se observa en sus escritos un cierto fuego y tambien una especie de impetuosidad que no deja lugar á dudar de esta verdad, y su hígado que se halló enteramente petrificado despues de su muerte, pasa por una prueba incontestable de la continua violencia que se habia hecho durante su vida. Pero á fuerza de estudiar en la escuela de un Dios dulce y humilde de corazon, aprendió á imitarle. Hizo su virtud favorita de la que mas le habia costado adquirir y á la que tenia menos inclinacion. La gracia le dió lo que

la naturaleza le había negado. Para esto era necesario que le mudase en otro hombre, pero no hay cosa que sea imposible para ella, cuando encuentra en un sugeto aquel corazón docil que Salomón pedía á Dios, como el más insignie favor que podía recibir de su bondad. De estos principios que acabamos de describir es de donde han manado como de una fuente aquellas santas acciones, aquellos proyectos tan puros y aquellas sublimes intenciones que se han visto y continuarán viéndose en el discurso de esta historia.

Apenas había tenido tiempo Francisco de Sales para descansar del viaje que acababa de hacer, cuando el Conde su padre juzga, que debía ir á Annecy á visitar á Claudio de Granier, Obispo de Ginebra. Este era un santo y sabio Prelado, de una dulzura y de una simplicidad apostólica, que ponía toda su gloria en el desempeño de su ministerio, y que era íntimo amigo del Conde y de la Condesa de Sales. Aunque no tuviese ni muebles ni equipage, y que despreciase aquel brillo vano y ostentoso que los últimos siglos han introducido en la Iglesia, no por eso era menos respetada su dignidad. El clero, la nobleza y el pueblo, le miraban con igual veneración; y sin otro apoyo que el de su virtud, gobernaba aquella vasta Diócesis, con una autoridad que jamás han podido dar los bienes temporales. Recibió al joven Conde con aquella bondad y dulzura que acompañaban á todas sus acciones; estuvo gran rato en conversacion con él y concibió desde luego tal estimación hácia su persona, que le hacía desear, que aquel que hubiese de ser su sucesor le fuese parecido. Admiraba en medio de su juventud, acompañada de una sabiduría tan poco comun y de tantas otras grandes cualidades naturales y adquiridas, su moderación, su prudencia, su modestia, y aquel carácter de discreción y de virtud que siempre acompañaba á todas sus acciones, y discursos.

La conversacion había sido ya bastante larga, pero á pesar de eso no se hubiera concluido tan pronto sino hubiesen entrado á avisar al santo Prelado que los teólogos estaban ya reunidos, y que únicamente faltaba su presencia para empezar el examen de varios pretendientes á un beneficio. Este sabio Prelado los confería siempre á los más capaces. La ciencia y la virtud eran las únicas recomendaciones de que se necesitaba para lograr de él alguna cosa. El joven Conde quiso retirarse no pareciéndole regular que un lego, con su espada ceñida, se hallase en medio de semejante concurrencia; el santo Obispo le detuvo é hizo que le pusiesen una silla cerca de la suya. „*Puede ser (le dijo) que no nos seáis tan inútil como pensáis para la solución de las cuestiones que tienen que proponerse.*” Empezó el argumento, y la discusión fué acalorada como sucede frecuentemente cuando no pueden convenirse sobre algunas de las cuestiones propuestas. El joven Conde escuchaba con mucha atención, pero sin dar la más mínima señal de que tuviese deseo de dar su parecer. El Obispo no dejó de pedirselo; se resistió á darlo con mucha modestia, pero insistiendo aquel, le dió, y explicó las dificultades con tanta precisión y claridad, que todos se atuvieron á su dictamen. La sorpresa fué general al ver un caballero joven, y al que no se le creía instruido en otras cosas, que en las que forman la ocupación ordinaria de la nobleza, resolver con mucha facilidad dificultades, que tantos doctores no habían podido desatar. Pero el Obispo tomando la palabra le dijo: „*Bien os había dicho yo señor Conde que no nos seriais tan inútil en esta conferencia, como vuestra modestia os lo hacía presumir.*”

Acabada la conferencia les dijo á los circunstantes, que aquel joven caballero tenía mucha virtud y ciencia para permanecer por mucho tiempo en el siglo; que presentía que algún día había de ser su sucesor, y que esperaba de la bondad de Dios, que concedería esta gra-

cia á su Diócesis. Este pensamiento hizo que lo quisiese despues entrañablemente, no le llamaba mas que su hijo, y se formó entre ambos una union estrecha, que no se disolvió hasta la muerte de aquel sabio Prelado.

Pero el Conde de Sales tenia miras bien diferentes para establecer á su hijo; no pensaba en otra cosa que en colocarle en la sociedad por medio de un brillante casamiento y del cargo de Senador en el Senado de Chambery, que trataba de alcanzarle lo mas pronto posible. Bajo este supuesto le propuso que fuese á recibirse de abogado en el Senado de Saboya. Le dió cartas de recomendacion para el célebre Senador Antonio Faure, que estaba unido con una estrecha amistad á la casa de Sales, y rogó á este insigne magistrado que tuviese la bondad de ayudar á su hijo en la pretension que tenia que entablar.

Estas medidas no se acomodaban ni con los intereses secretos del joven Conde, ni con los empeños que habia contraido con Dios, ni con el voto de perpetua castidad que habia hecho en Paris y renovado en Loreto, ni con la resolucion que creia, que Dios le habia inspirado de abrazar el estado eclesiástico. Estaba determinado á ejecutar lo uno y lo otro, y creia poderlo hacer con tanta mas facilidad, cuanto que el Conde de Sales habia tenido otra porcion de hijos despues de él, que se aprovecharian muy gustosos de los grandes bienes que habia resuelto cederles. Pero la estremada condescendencia que tenia para con su padre, no le permitió oponerse por entonces á sus designios. Creyó que podia dar el paso de que se trataba, sin perjuicio de la resolucion que habia hecho de entregarse enteramente á Dios, y que siempre estaria á tiempo de declararse con su padre.

Partió con este intento para Chambery. Antonio Faure, que era el mas bello ornato del Senado de Saboya, de que fué despues primer presidente, lo recibió desde luego como al hijo de uno de sus mas queridos amigos. Le

hospedó en su casa, y le daba todos los días muchas horas de conversacion para disponerle á recibirse. Juzgaba que el joven Conde necesitaria de su auxilio; pero notó bien pronto que estaba en estado de no necesitarle. Esto fué lo que le obligó á presentarle sin dilacion al primer presidente Pobel y á todo el Senado: fué recibido con muestras de grande aprecio, y se encargó al Senador Crasus que le examinase. Este lo hizo con rigor; pero aquella exactitud no sirvió sino de hacer resaltar su capacidad: hizo de ella al Senado una relacion muy favorable y fué recibido con unos aplausos que no eran comunes. En el mismo dia arengó al Senado con una elocuencia que fué admirada de todo el mundo; y habiéndose estendido la noticia de que bien pronto seria Senador, le atrajo las atenciones de toda la ciudad. Pero Dios que habia dispuesto otra cosa, le privó de aquel honor resarciéndole con la amistad íntima que contrajo con el Senador Antonio Faure.

Este magistrado tan célebre, llamado comunmente el Baron de Peroges, era natural de Burgo en Bressa; habia estudiado en Turin bajo la direccion del famoso Antonio Manuce, y habia adquirido aquella instruccion que le hizo uno de los hombres mas grandes de aquel tiempo. Estando de vuelta en Saboya, adquirió por su mérito la amistad del Duque su Soberano, que le confió negocios de consideracion. Desempeñó estos de un modo, que fué causa de que se le diesen otros mas importantes. En efecto, fué Teniente de Senescal de la Bressa, antes que aquella provincia estuviese unida á la corona de Francia, como lo está en el día de hoy; presidente del Consejo del Genovesado, Senador y finalmente primer presidente del Senado de Chambery. Se le confiaron los negocios mas secretos del estado; y los manejó con tal integridad y prudencia, que conservó siempre el aprecio y la confianza de su Príncipe. Poseemos obras suyas, que son unas incontrastables prue-

bas de su suficiencia. Su piedad correspondia á su talento, y esta fué la causa de unirse tan estrechamente á Francisco de Sales, que nunca llegó á romperse esta union. Veremos los frutos de ella en el discurso de esta historia.

Partió el joven Conde de Chambery pocos dias despues de su recepcion, y le sucedió un caso al pasar por el bosque de Sonnas que es digno de contarse; iba al lado de aquel mismo preceptor de quien hemos hecho mencion, cuando de repente tropezó su caballo con tal violencia, que le arrojó al suelo á pesar de que era buen ginete. Repitióse esta escena hasta tres veces antes de salir del bosque, pero con la particularidad de no haber recibido herida ni contusion alguna en ninguna de ellas; pero cuantas veces quiso volver á montar, advirtió, que con el ímpetu de la caída se le habia salido la espada de la vaina, é igualmente esta del cinturón; reparando que las tres veces la espada y la vaina habian formado una cruz tan perfecta, como si se hubiese hecho á propósito.

Francisco de Sales reflexionó sobre esto, y se lo hizo notar á su preceptor. Era entonces, y continuó siendo despues, el menos supersticioso de los hombres; pero paraba mucho su atencion en todo aquello que podia darle á entender la voluntad de Dios. Creyó que el Señor habia querido hacerle conocer con este incidente (que en efecto tiene algo de particular), que no era de su agrado que contragese empeños con el mundo, como lo estaba haciendo; que era llamado á seguir la cruz, y que Dios no habia permitido el lance de que acabamos de hablar, sino para afirmarle en la resolución que habia hecho de abandonar el mundo y abrazar el estado eclesiástico. Descubrióse con este motivo por la primera vez á su preceptor, le rogó que le hiciese presente su intencion al Conde de Sales, y que no omitiese cosa alguna de las que pudiesen contribuir á hacer que accediese gustoso á su pretension.

La sólida piedad que el joven Conde habia profesado hasta entonces debiera haber sido suficiente, para que el preceptor no hubiese estrañado la proposicion que acababa de hacerle. Con todo se quedó tan suspenso al oirla, como si hubiese sido la cosa mas inesperada que podia sucederle. Como era docto y piadoso, reparaba por un lado en oponerse á la voluntad de Dios, retrayéndole de su designio. Pero como por otro lado estaba intimamente unido á la casa de Sales, no podia determinarse á aprobar una resolución, que trastornaba todas las miras que se habia propuesto en la educacion del joven Conde. Esta perplejidad le hizo guardar por algun rato un profundo silencio; pero al fin lo rompió haciéndole presente la afliccion, que iba á producir semejante intento en el Conde y en la Condesa de Sales, y nada menos en toda la familia, que le miraban hacia mucho tiempo como su futuro apoyo: que en este concepto le habian hecho estudiar y viajar á costa de tantos gastos, no habiendo omitido cosa alguna para hacerle capaz de sostener su ilustre casa, y que tenian un derecho á que sus deseos fuesen correspondidos, tanto porque era el primogénito de ella, cuanto porque estaba adornado de todas las cualidades necesarias para corresponder á los designios que sobre él se habian formado.

A estas razones añadió, que cuando los padres destinan á sus hijos para un estado, deben mirar estos su voluntad como la de Dios, y conformarse con ella siempre que no sea opuesta á la Religion y á la salvacion de sus almas; que Dios que es al mismo tiempo Autor de la naturaleza y de la gracia jamas da á entender su voluntad mas clara é infaliblemente, que siguiendo con la debida proporcion el orden natural de las cosas; que en todos tiempos habia destinado á los hijos mayores para sostener y perpetuar las familias, y para que fuesen los gefes de ellas; que sino estaba permitido á los hijos el disponer de la parte de los bienes que les pertenecian